

Di Benedetto, Antonio
Cuentos completos. - 1a. ed.
Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2006.
704 p. ; 22x14 cm. - (La lengua. Cuento)
ISBN 987-1156-53-7
1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863.

la lengua / cuento

Editor:
Fabián Lebenglik

Diseño de cubierta e interiores:
Eduardo Srupa y Gabriela Di Giuseppe

© Luz Di Benedetto, 2006
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2006
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN 10: 987-1156-53-7
ISBN 13: 978-987-1156-53-7

Impreso en Argentina
Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

LO BREVE, LO EXTRAÑO, LO AJENO

Antonio Di Benedetto falleció en 1986, en el momento en que estaba preparando para la editorial Alianza de Madrid la publicación de dos libros que recopilarían el conjunto de sus cuentos: *Relatos completos* y *Cien cuentos*, incluyendo los relatos más extensos el primero y la narrativa breve el segundo. Los libros no llegaron a publicarse, agregando una peripecia más en una larga lista de desencuentros de Di Benedetto con la recepción que sus ficciones merecían. En los años ochenta, después de un exilio doloroso, parecía haber llegado la hora de retomar textos editados a lo largo de treinta años (de *Mundo animal*, 1953, a *Cuentos del exilio*, 1983), organizando así todo lo escrito en paralelo a las novelas. Ahora bien, esta reedición no iba a suponer el reconocimiento de una trayectoria hecha de libros publicados, coherentes y definitivos, ya que dos decisiones del autor perturbaban la visibilidad de las etapas de escritura anteriores: por un lado, Di Benedetto eligió la división de los relatos por su extensión (entre los *Relatos completos* y los *Cien cuentos*) y por el otro preparó en el volumen de cuentos breves una presentación de los textos en secciones temáticas heterogéneas y poco comprensibles, en vez de guardar el orden cronológico de las compilaciones ya publicadas.¹ La lógica de los libros, la unidad en su momento pensada para cada uno de ellos, hubiesen entonces desaparecido; ideas fuertes en la dinámica de una obra, como lo son la periodización, los efectos de agrupar en un volumen único un conjunto de textos, las relaciones entre los diferentes segmentos

¹ El orden previsto por el autor para la organización del volumen era temático y agrupaba bajo subtítulos entre uno y veinte cuentos en cada sección. En las páginas 37 y 40 se reproducen los prólogos que Di Benedetto escribió para los *Cien cuentos* y los *Relatos completos*.

INFORMACIÓN

Cuando Alianza Editorial decidió recoger mi dispersa narrativa sin pecado de extensión quedó claro que, a los fines de la comodidad manual del lector, convendría repartir en dos volúmenes. Lo cual facilitó además una distribución interna: la separación entre narraciones breves y medianas (las largas, o novelas, para el caso excluidas).

Las cortas, incluidas las cortísimas, configuran el volumen "Cien cuentos". Las de mediano tamaño, donde van unas pocas "nouvelles", el de "Relatos completos".

Éste es y aquí queda, con una debilidad, la de indicar preferencias del autor, que el lector puede o no compartir.

Los relatos más queridos —o más sentidos, algunos párrafo a párrafo, otros frase a frase— son "Aballay" y "Pez", sin negar la diversión que le causó componer "Ítalo en Italia".

Sin hacer sombra, ninguno de ellos, a la pretensión, vaya a saberse si lograda, de haber modulado, en "El carifio de los tontos", tonos semejantes a los de "Moderato cantabile".

MUNDO ANIMAL

1953

Se respetan las correcciones hechas por el autor para la segunda edición: *Mundo animal*, Buenos Aires, Fabril, 1971.

MARIPOSAS DE KOCH

Dicen que escupo sangre, y que pronto moriré. ¡No! ¡No! Son mariposas, mariposas rojas. Veréis.

Yo veía a mi burro mascar margaritas y se me antojaba que esa placidez de vida, esa serenidad de espíritu que le rebasaba los ojos era obra de las candidas flores. Un día quise comer, como él, una margarita. Tendí la mano y en ese momento se posó en la flor una mariposa tan blanca como ella. Me dije: ¿por qué no también?, y la llevé a los labios. Es preferible, puedo decirlo, verlas en el aire. Tienen un sabor que es tanto de aceite como de yerbas rumiadas. Tal, por lo menos, era el gusto de esa mariposa.

La segunda me dejó sólo un cosquilleo insípido en la garganta, pues se introdujo ella misma, en un vuelo, presumí yo, suicida, en pos de los restos de la amada, la deglutida por mí. La tercera, como la segunda (el segundo, debiera decir, creo yo), aprovechó mi boca abierta, no ya por el sueño de la siesta sobre el pasto, sino por mi modo un tanto estúpido de contemplar el trabajo de las hormigas, las cuales, por fortuna, no vuelan, y las que lo hacen no vuelan alto.

La tercera, estoy persuadido, ha de haber llevado también propósitos suicidas, como es propio del carácter romántico supponible en una mariposa. Puede calcularse su amor por el segundo y asimismo pueden imaginarse sus poderes de seducción, capaces, como lo fueron, de poner olvido respecto de la primera, la única, debo aclarar, sumergida —muerta, además— por mi culpa directa. Puede aceptarse, igualmente, que la intimidad forzosa en mi interior ha de haber facilitado los propósitos de la segunda de mis habitantes.

No puedo comprender, en cambio, por qué la pareja, tan nueva y tan dispuesta a las locas acciones, como bien lo había probado, decidió permanecer adentro, sin que yo le estorbase la salida, con

mi boca abierta, a veces involuntariamente, otras en forma deliberada. Pero, en desmedro del estómago pobre y desabrido que me dio la naturaleza, he de declarar que no quisieron vivir en él mucho tiempo. Se trasladaron al corazón, más reducido, quizás, pero con las comodidades de un hogar moderno, por lo que está dividido en cuatro departamentos o habitaciones, si así se prefiere nombrarlos. Esto, desde luego, allanó inconvenientes cuando el matrimonio comenzó a rodearse de párvulos. Allí han vivido, sin que en su condición de inquilinos gratuitos puedan quejarse del dueño de casa, pues de hacerlo pecarían malamente de ingratitud.

Allí estuvieron ellas hasta que las hijas crecieron y, como vosotros comprenderéis, desearon, con su inexperiencia, que hasta a las mariposas pone alas, volar más allá. Más allá era fuera de mi corazón y de mi cuerpo.

Así es como han empezado a aparecer estas mariposas teñidas en lo hondo de mi corazón, que vosotros, equivocadamente, llamáis escupitajos de sangre. Como véis, no lo son, siendo, puramente, mariposas rojas de mi roja sangre. Si, en vez de volar, como debieran hacerlo por ser mariposas, caen pesadamente al suelo, como los cuajarones que decís que son, es sólo porque nacieron y se desarrollaron en la obscuridad y, por consiguiente, son ciegas, las pobrecitas.

AMIGO ENEMIGO

Eran de mi padre y quedaron para mí. Quizás nunca los tocaré. Son dos cajones de libros de química antigua que alternan con cabalísticos, astrológicos y quirománticos. Con los de química no quería hacer nada bueno: falsificar vinos y licores. Creo que lo hizo, porque son más efectivos que cualquiera de los otros, el adivinador de la lotería, por ejemplo. Han venido conmigo a todas las pensiones porque no me atrevo a venderlos ni a tirarlos. Tienen algo de mi padre o él tenía algo de ellos, y yo nada tengo de él, excepto esto.

Excepto esto y la mudez. No era mudo él, no. Pero fue por él. Yo tenía diecinueve años y estaba enamorado. Entré en el baño y ahí estaba mi padre, en la bañera, bajo la lluvia, sí; pero colgado del caño de la flor.

* * *

El pericote, que de tan joven podía confundirse con un ratón, entró de día, en la siesta, quizás en fuga de alguna persecución infantil. Los chicos se bañan ahí al fondo, en el canal, bajo el sauce. Pasan las horas desnudos, alborotando. Hacen puntería sobre alguna lata o sobre algún animalejo. Escarban las cuevas. De vez en cuando muere alguno, alguno de los chicos, se entiende, que muere ahogado.

El pericote se iría, sí, apenas digerido el miedo al amparo de los cajones surtidos de cábalas de mi padre. Mi padre habría dicho: "Pobreza; anuncia la pobreza". Yo, de pensarlo, tendría que haber preguntado: "¿Aún más?"

Proseguí convocando el sueño, que, despreocupado de mí, hacía las cosas a medias: no me tomaba del todo.

* * *

Por esa imposibilidad de participar en la conversación, uno, claro, se exime de atender y nadie se molesta por ello. Rovira, un periodista que acostumbra contar cosas y que me contó esta historia, decía algo para todos. Yo percibí distintamente sólo la palabra "Hameln" (o "Hameln", no memoro bien) y las demás no, como si se mira la tela y se descuida el marco. Pero no hice nada con ella, porque no la había buscado ni me interesó nada más que por el sonido.

Después, sólo después, yendo a la habitación, en unos instantes se me presentó todo lo que pude recordar entonces, que es todo lo que sobre eso puedo recordar. "El tesoro de la juventud" y "El flautista de Hameln". Un viejito de melena larga y blanca que toca un cornetín y multitud de ratas que pasan junto a él y se arrojan a un río. Con el dibujo una poesía—"del escritor inglés..."—que habla de flauta, no de cornetín, y dice que las ratas siguieron, como encantadas, al flautista, y seguían y seguían y cayeron todas al agua y el pueblo se libró de la plaga. Pero había más tarde una venganza y no sé de quién, si de las ratas sobre el flautista o del flautista sobre la gente del pueblo, porque no le pagaron.

Quizás, me dije, el pericote esté todavía en mi pieza. Quizás venga su compañera o alguna otra que le guste y hagan cría. Quizás de este modo desde mi pieza podría lanzar sobre toda la pensión, sobre toda la ciudad, una plaga de pericotes. Pero yo no quería hacerle mal a nadie. Pensaba nomás.

* * *

Esa noche el pericote estaba allí, dentro de un cajón. Tarde, en mi desvelo, meditando otras cosas de la infancia, lo escuchaba roer su alimento nuevo: los libros de mi padre.

Le di un puntapié al cajón, pero después siguió. Seguí yo también, escuchándolo.

Esos libros me resisten, mas quiero conservarlos. No quería que el pericote se los comiera. Le llevé pan, miga. La introduje por las rendijas y esa noche no escuché sus dientes moliendo papel. Siem-

pre le llevé migas, pero no todas las noches se conformó con las migas. No obstante, algo hacía yo por la salvación de los libros.

Tomaba las sobras de la mesa del comedor. No me gusta lo bastante nada más que la corteza del pan. Dejo la blanca y pesada pulpa. Más aún desde que una señora atemorizaba a su niño—delante de mí, la malvada—diciéndole que no comiera miga, que engorda, que la miga es el alimento de los tontos y de los mudos.

Siempre he prescindido de la miga, pero antes nunca cargaba con ella en mis bolsillos. La muchacha lo sabía y me preguntó por qué lo hacía ahora. Quise ser humorista y le escribí en mi cuadernillo: "Es para mi hijo". Pero no le hizo gracia. Otra noche se acordó de mi respuesta al verme recogiendo migajas sobrantes de todos los pensionistas y me preguntó cuántos años tenía ya mi hijo. No supe qué contestarle, porque deseaba seguir la broma y no se me ocurría nada ingenioso. Pero ella estaba festiva y sin esperar respuesta a la primera pregunta me hizo una segunda: "¿Cómo se llama su hijo?". Ahí, con su café, hablaba Rovira. Contaba de las guerras o de alguna guerra. Yo anoté en mi cuadernillo, para la muchacha: "Guerra".

—¡Je! Se llama Guerra. Un nene que se llama Guerra.

Entonces me fue fácil, también por el éxito, la respuesta a la primera pregunta: "Tiene los años de la humanidad y todavía más". Pero ella ya no me entendió.

* * *

Yo escribía algo, una carta, y crujió la tapa del cajón puesto arriba. Era la tapa del cajón de arriba presionada desde adentro y astillándose segundo a segundo.

No podía ser alguna fórmula de mi padre, debía de ser el pericote, que yo tenía olvidado, olvidado ya por tres días, con la emoción de haber recibido esa carta de mi hermana, al cabo de tantos años. No estaba solo, no.

No estaba solo en el mundo, no; pero en ese momento, en la pieza, tan tarde, sí, y sin voz, que me hizo tanta falta cuando asomó y sacó la cabeza gorda de bestia cebada, cuando puso afuera—engendro asqueroso—medio cuerpo desmesurado y dos patitas todavía

minúsculas. Era un monstruo repelente y fiero que me miraba como en reclamación, como anunciando castigo, venganza, y ahí voy por ti mientras te revuelves en la impotencia de tu propio espanto.

No podía salir aún porque la panza le resultaba, seguramente, demasiado voluminosa, y un escaso lapso de tregua a mi pavor, vergonzoso pero justificado, me sirvió para escapar de la silla y subirme a la cama.

Forcejeó más y se arrojó, se arrojó hacia mí; cayó como un derrame de leche condensada, de puro gordo y graso, de pura miga y papel. Y grande, deforme, pelando dientes, avanzaba, avanzaba, arrastrado, gomoso, hasta que sentí en mi mano la lapicera y se la lancé como un puñal. Se le clavó en el lomo y vi la sangre brotar en un chorro mugriento, curvo, decadente pero continuo en su manar.

Desfallecí. Caí en mi lecho, boca arriba, abandonado, vencido. El miedo y el asco me forzaban a la lasitud fatal y me forzaron, ¡oh, maravilla!, me forzaron un aliento de voz que yo no sabía qué era y creí sería, deseé que fuese, una flauta. Y mi arroyito de voz era el terror afinándose en música al paso por una flauta.

* * *

Ha quedado el rastro de sangre hasta el canal. Yo no pude verlo, nunca podría verlo. Y sin embargo lo veo. Lo veo desplazándose como una bola lustrosamente inmundada con un lapicero hundido en un hoyo de tinta roja.

NIDO EN LOS HUESOS

Yo no soy el mono. Tengo ideas distintas, aunque se nos haya puesto, por lo menos al principio, en la misma situación.

Mi padre lo trajo como a la palmera. Le sobra tierra, le sobra dinero. Puso la palmerita y le pareció muy bien mientras permaneció joven y primorosa. Pero cuando se fue estirando, estirando, se fastidió de ella, por desgarbada y barbuda, por inadaptada, dice él. Porque la perdió de vista, creo yo, pues no acostumbraba llevar la mirada al cielo, al menos, hacia el lado donde se erguía la palma. Mira hacia la boca del río, donde se forman las tormentas, ya que de las lluvias depende, para bien o para mal, la cosecha.

Tampoco cayó en la cuenta de que el monito no se adaptaría, no sólo por cuestiones de clima, sino porque le sería imposible adaptarse a la familia, y él quería que fuese como un miembro de la familia. Quizás no andaba del todo desacertado, pues, favorecido por ciertas consideraciones, en las que mi padre ocasionalmente se mostraba intuitivo, el pequeño simio hacía algo por ganarse el lugar que se le prometiera. Pero su sitio, en definitiva, fue la palmera. No siempre empleaba mi padre la fiesta, el alimento y la caricia; por sobre todo, lo privaba de comida y no se cuidó de educarlo verdaderamente. El mono huyó, refugiándose en la palmera, como el hijo vuelve a la madre. Bajaba sólo para hurtar o para tomar la comida que la compasión de alguien le hubiese dejado al pie de su vivienda. Vivió solo, tal como se vela la copa raquítica del árbol en su altura. Se puso huraño y meditabundo, torpe para todo lo que no fuera procurarse el sustento. Quizás por malhumor —porque el invernáculo anunciado nunca se construyó— mi padre hizo limpiar de vegetales todo el sector donde se estiraba lentamente, como un suspiro nostálgico, la palmera. Cayeron palmera y mono, y el mono

se escondió entre algunos cajones y baúles hasta que los perros, enardecidos por la sangre de un pollo que dio degollado unos pasos agónicos, se le echaron encima sin que nadie se los impidiera.

* * *

Yo no soy el mono, pero también, por orden de mi padre, a causa de infracciones leves, en la niñez muchas veces tuve prohibido el acceso a la mesa. No tengo palmera, sin embargo hice de mi casa una palmera, mejor dicho, de los cuartos y de los cuadros de tierra que podían serlo, de algún paseo, de algún libro y de algún amigo. Mi palmera poseía, en verdad, muchas ramas, y por eso, quizás, tuve la posibilidad de pensar que yo no debía ser como el mono. Tal vez todo dependiese, como en el caso del simio y de la palma, del lugar de nacimiento y del ulterior destino inadecuado. No sé. Tal vez debí nacer en otras tierras y tal vez no sea así. Es posible que yo no debiese haber nacido en este tiempo. No quiero decir con ello que mi alumbramiento hubo de producirse en la Edad Media ni en el mismo año que el de Dostoyevski. No. Tal vez yo debí nacer en el siglo XXI o en el XXII. No tampoco porque crea que entonces será más fácil vivir, aunque es posible que lo sea. Para que sea posible, ya que es imposible que yo nazca transcurrida una centuria, he querido, en la medida de mis fuerzas, ser de alguna utilidad.

Cuando comprendí la inutilidad del mono pude acercarme a lo que me pareció hacerse un destino útil, siquiera sea para los demás. Su cabeza hueca me sugirió el aprovechamiento de la mía. Quise hacer de ella, y fue sencillo hacerlo, un nido de pájaros. Mi cabeza se colmó de pájaros, voluntaria y gozosamente, de mi parte y la de ellos. Gozaba, sí, por la felicidad del nido firme, seguro y abrigado que podía darles, y gozaba de otras maneras distintas. Cuando, por ejemplo, aquella vez hice mi aparición, físicamente sombría, en el semialborozo, con urdimbre de cálculo e inquietud transfigurados, del té-canasta de mi madre, y ella tuvo que decirme, retadora y perdiendo aplomo, que cómo hacía eso de ponerme a silbar en medio de la reunión de señoras. Y yo decía, con mi boca de labios desunidos nada más que por una sonrisa de lástima de su ignorancia, que

no era yo mismo quien silbaba, y en aquella muchacha suscitó el asombro candoroso de quien presencia el tránsito de un dios musical, tangible y perecedero.

* * *

No fue siempre así, sino apenas unos años, quizás unos meses. Con el cambio he dudado un tanto de que haciendo la felicidad de un pájaro haré la felicidad de todas las familias de los siglos venideros. Si todos pusiéramos nuestra cabeza al servicio de la felicidad general, tal vez podría ser. Pero nuestra cabeza, no sólo el sentimiento.

Yo puse la mía y tuvo gorriones, canarios y perdices dichosos. También lo son ahora los buitres que han anidado en ella. Pero ya no puedo serlo. Son inacabablemente voraces y han afinado su pico para comerse hasta el último trocito de mi cerebro. Ya en hueso mundo, aún me picotean, no diré con saña, pero como cumpliendo una obligación. Y aunque sus picotazos fueran afectuosos y juguetones, nunca podrían ser tiernos. Duelen ferocemente, hacen doler el hueso y hacen expandir mi dolor y mi tortura en un llanto histérico y desgarrado de fluir constante. Nada puedo contra ellos y nadie puede, pues nadie puede verlos, como nadie veía a los pájaros que silbaban. Y aquí estoy yo, con mi nido rebosante de buitres que, aprovechados, insidiosos y perennes, hacen crujir, con cada picotazo de cada uno de sus mil picos, cada hueso de cada parte de todo mi esqueleto. Aquí estoy, escondido entre los baúles, a la espera de que alguno de los que antaño dieron de comer al mono se compadezca de este acorralado y azuce los perros.

Pero, por favor, que nadie, por conocer mi historia, se deje ganar por el horror; que lo supere y que no desista, si alienta algún buen propósito de poblar su cabeza de pájaros.

ES SUPERABLE

Generosa de leche mi madre, abundantes los pastos, sin una sequía en los tres años, mi infancia y mi adolescencia fueron poco menos que enteramente dichosas. Es por eso que nada contaré, aunque podría, de aquel tiempo pasado, pues generalmente a los demás les fastidia y les aburre la exposición, más o menos circunstanciada, de la felicidad ajena.

A los tres años me sucedió lo que yo había observado de una mosca: seguía su vuelo con la mirada, no tan rápida como sus piroetas de dibujo impecable, y al deslizarse por una recta vertical ignoro si es que la perdí de vista o realmente se transformó en una hormiguita negra que por metros y metros, hasta no verla más, no se despegó de la tierra.

Me amodorraron de un mazazo en el cráneo; me abrieron el cuello y me desollaron. Me partieron en canaleta, hurgaron en mis profundidades y sacaron cuanto podían sacar. Ciertas vísceras fueron inmediatamente a las fauces de los puercos de engorde y de canes bestializados. Alguien me cargó sobre sus lomos y yo era como una breva sin piel, pero tenuemente roja y con cuatro muñones. Me pusieron asociado con otros extintos de la misma procedencia, es decir, de la misma estancia, en un carromato de estructura de hojalata.

Reparé en el cambio, que vino a mí despacioso y evidente como un amanecer, por el ruido del rodado. Cuando arrancamos, calle abajo, del matadero a las carnicerías, era estruendoso y bárbaro e iba precedido del trote cascado de los caballos. En cierto momento, no digo que sea el preciso momento en que ocurrió, sino algo después, pues quizás tardé en advertirlo, el ruido se hizo un zumbido y el traqueteo un deslizarse. Eran neumáticos de automotor y yo tenía

rostro, tenía manos con unas uñas comparativamente diminutas y estaba constreñido, pero con un cuerpo vivo, aunque no fuese él mío, en un camión celular.

Los policías, cándidos, creyeron, y yo en mi asombro no podía contradecirlos ni explicarles, que me habían traído de la cárcel.

El secretario del juzgado también lo creyó, y ahí está lo malo. Me aguardaba —y todas mis protestas parecieron estúpidas— un pedido del fiscal de que se me guardase, juntamente con no sé qué recibo, en caja de seguridad.

* * *

Creo que me cuadraré, que tomaré la forma de la caja de hierro, o que, de seguir siendo lo que soy, seré un hombre encogido. Es justicia. ¿Es justicia? ¡No! No se me escucha. Todavía —me informan, si algo digo cuando abren en busca de un papel— no ha llegado mi turno. Todo esto es tenebroso. No lo digo sólo por la falta de luz, sino porque me resulta una patraña oscura, como una trama maligna o tal vez como una trama descuidada, de la que soy víctima. No me quejaré más. El quejido es una voz estéril. Antes mugía; fui demasiado bovino. Pero existía. Ahora también existo; pero pienso. Y no puedo entender si la angustia me viene de pensar o si es que hace falta la angustia para poder pensar. Percibo mucha angustia entre los que ya podían pensar antes de que yo pudiera, aunque ellos habitualmente no piensan como si pensarán, porque, creo yo, pensar es tan hermoso y tan terrible que, cuando se hace, debe hacerse bien.

Percibo la angustia de los dos hombres que limpian la oficina, al anochecer, cuando se reúnen con su café y sus tortitas, y hablan de lo que querrían hacer, que es como decir que no quieren hacer lo que han hecho ese día y todos los días. Habla uno de ellos del campo y considero que si a él pudiera sucederle al revés de lo que me sucedió a mí, sería aceptable; de lo contrario, no.

Estos hombres que sirven, también a mí —¡hasta a mí!— tienen que servirme. Cuando me pasan el café con leche, a pesar de la presencia del secretario que permanece vigilante, llave en mano, mientras se entreabre la pesada puerta sólo lo indispensable para

que, un tanto inclinada, a fin de ahorrar espacio, entre la taza, cuando me pasan el café con leche, me pasan, con la mirada, un poco de solidaridad. Tomo la solidaridad y la agradezco con todo mi sentimiento; pero no puedo tomar el café con leche, y aunque lo tomara no podría digerirlo.

Ellos, los dos encargados de la limpieza y de mi café con leche, lo comprenden y, solidarios, tratan de que, por lo menos, digiera mi angustia. Uno de ellos, ligeramente memo, habla de que es mejor estar adentro, porque afuera hace mucho frío. El otro, también hablando a voces, para que yo lo escuche bien, pero hablando de cosas más convincentes, aunque ni él ni yo las entendamos, repite lo que dice el juez, sin omitir, honesto como el campesino que quiere ser, el nombre de quien lo dijo, es decir, sin que pretenda apropiarse la idea. Dice que, después de todo, yo soy un hombre dichoso, porque he superado la materialidad constante.

La materialidad constante... Pero, ¿qué es esto de la materialidad constante? ¿Pasar de vaca a hombre, con un intermedio de muerte? ¿Y para qué? ¿Para que, en vez de parar en el estómago del juez, pare en la caja de seguridad del juez? ¿El señor juez querría superar la materialidad constante con una regresión que le otorgue la supuesta dicha pastoril? ¿Querría ser vaca el señor juez? ¿O tal vez anhela ser cigüeña o tordo o peje-rey? No está satisfecho, eso es todo. ¿Por qué? ¿Sus narices, su tufo o la humedad de sus manos lo hacen intolerable para las mujeres? O quizás yo no entiendo sus palabras y no estoy preparado para entenderlas. Si sólo eso fuera, podría superar la materialidad constante con la muerte. Aunque es posible que tampoco de tal manera, si lo pienso sobre mi propio caso. Porque mi muerte no me hizo perder la materialidad; tras la muerte había otra materialidad. Él, que parece hallarse al tanto de mi anterior estado, ¿piensa en un estado superior después de morir? No. De lo contrario podría buscarlo.

Quizás mi historia no se ha producido para ser interpretada, y nada vale que yo haya superado ciertas constantes o constancias de la materia si es para alimentar las cavilaciones del señor juez. De nada me servirá la tal evolución, de nada a nadie ha de ser útil, excepto como muestra fenoménica, de no ser que yo pueda aplicar mi nueva

facultad, la de pensar. No he venido a ser hombre sólo para atragantarme de angustia. Quiero poder hacer, para digerirla. Quiero poder hacer, siquiera para morir por mi propia mano y no por la del matarife, como ya me sucedió.

Pero no. Quiero vivir.

* * *

Es de noche, estoy en la caja de hierro, la caja de hierro está en la oficina y parece que yo no estuviera entre paredes de caja fuerte ni muros de oficina ni fuera de noche; únicamente me ilusiono, y con aprensión, por el calor que sube, como en campo abierto a mediodía, en el estío.

Se me construye la noción de un incendio que vulnera el edificio. El incendio se toma la licencia de entrar al despacho del juez; se pone curioso de la caja fuerte, la asedia, la lame e infiltra en ella su aliento de llama.

Moriré quemado, o tostado por fuego indirecto. Abomino de mi condición. No de la condición humana, sino de la condición humana sin libertad: moriré sin quererlo o antes de cuando yo podría querer morir y por una muerte que se me da, no que me doy.

Mientras se me produce un desvanecido y cálido, también sufriente, deslizarse a la muerte, percibo que en mí se va operando una especie de transformación hacia una masa homogénea, a la cual, después de todo, el calor no le cae mal, le hace nacer un aroma... como de pan. Me desmodorro gradualmente y es como una ascensión o recuperación, pero en otro estado.

Ya sé, la caja de hierro se ha convertido en horno, yo en pan.

Pan. ¿Blanco o moreno? ¿Dulce o ácido? Quién sabe si los sufrimientos de los hombres hacen que al cabo, cuando se convierten en pan, sean un alimento amargo o con sabor de miel...

Rescatan la caja fuerte. Seguramente el esfuerzo de los bomberos es para salvar no la caja, sino su contenido, que no he de ser yo, sino algún valor caro al juez.

En la calzada la enfrían con chorros de agua, la abren con cuñas y sopletes.

Extraen el pan bien armado, cuadrado y fragante que soy; pero la decepción del juez lo desdénia, pues los valores que busca están destruidos o transfigurados, no sé, en todo caso, perdidos para él.

Quedo en la retaguardia del frente de lucha contra el fuego, más bien, extraviado en la confusión. Me apartan, me salpican, me abandonan.

He venido a dar, por los desordenados impulsos de una cantidad de pies, en la naciente de una callejuela oscura.

Allí, arrinconado y solo, espectador de la orgía del fuego, está un niño, tan escaso de ropas como de carnes. Me considera de lejos, con cautela. Pobrecito, me mira como si le hubiesen bloqueado el paso con un animal quieto. Olfatea, me huele. Al fin, se acerca, con prudencia, y cae de rodillas como en acto de adoración: todo este pan para él, para él solo, para toda su hambre.

Hunde en mi pulpa las uñas. Arranca dos trozos. La boca está abierta y espera. No obstante, el chico vacila. Salva las dos primeras porciones del suelo, de la suciedad ambiente, de él mismo: las lleva al alféizar de una ventana cercana, allí las deja y ante ellas se persigna. No entiendo, luego creo comprender o recordar: es un rito infantil o campesino o de los pobres. El pan, como símbolo del sustento de la vida, es sagrado. El primer pedazo, aunque sea del tamaño de un pellizco, o el mendrugo abandonado, debe ser consagrado, lo cual se logra apartándolo de la contaminación y del apetito descontrolado.

Ya el niño se halla de regreso y me devora y yo me ofrendo abnegado y satisfecho a su ansia de nutrición, a su gusto, y advierto que me encuentra delicioso. Soy, pues, aparte de sagrado -sagrado por ser pan-, un pan dulce a la boca pura de un niño.

Quién sabe de qué sombra brota un hombrón, no por grande menos mendigo que el chico; lo aparta con violencia y le quita lo que de mí queda. Toma un pedazo, lo prueba y lo devuelve, renegando de él. Soy amargo pan.

Amanece. La pelea con el fuego se apagó a la medianoche, y el barrio se ha quedado delicadamente callado y quieto. Hay, en el aire, una serenidad de cristal solo.

Me reencuentro en las migajas, mis últimos restos, levemente ateridas sobre el pavimento color de ceniza.

Después vendrá el sol, a devolver el dorado a las cascaritas.
Sus destellos atraerán las aves que vengan navegando el cielo y entonces, por sus picos, me elevaré a otra muerte, alada.
Yo acepto. La vida es superable.

REDUCIDO

Desde su aparición en mis sueños fue, en cierto modo, mi perro. Como de día no tengo perro y sí muchas fatigas, es bueno curarse de ellas con un cuzquito nocturno, que no exige de uno ni siquiera moverse de la cama. Sólo es necesario dormirse, con el deseo, que sería inútil expresar a nadie, de esas horas de holgorio —liviano e infantil, lo admito—, para que él se presente dispuesto a jugar o, con comprensión superior de perro, para acompañarme mansamente.

Si se me preguntara no sabría decir cómo es. Pero en sueños podría reconocerlo, infaliblemente, en medio de una jauría compuesta por hermanos idénticos a él. Es que, si bien fue un perrito evidente e indiscutible desde el primer momento, algo tiene que, cuando pienso en él, me sugiere que es distinto porque ha venido a mí paulatinamente, como en una integración demorada. Por esto resulta contradictorio su nombre: Reducido; aunque le corresponda en relación con su físico. No es que se haya achicado, ni mucho menos que esté en proceso de reducción. Tampoco advierto —he aquí otra cuestión importante—, por más que observe, que crezca ni siquiera un poquito, siendo como es tan natural que los perros de corta edad se desarrollen casi de día en día, como cabría decir exagerando un tanto. Esto le da algunos caracteres de inmutabilidad que no me tienen tranquilo. Si Reducido, si mi Reducido, este perrito tan jovial, tan buen perro, es decir, tan buen amigo, no varía, es que tiene la fijeza de un sueño, nada más que de un sueño. Es, entonces, mi Reducido, como una persistente pesadilla, que vuelve siempre, igual, torturante, y aunque él no puede considerarse de ningún modo una pesadilla y si lo fuera sería una pesadilla simpática, justamente como las pesadillas me tiene el corazón sobresaltado, no en el momento en que se extingue, sino en el día, por la probabilidad, nunca desechable, de que en la noche no vuelva.

Por eso, admitiendo que sea un sueño, necesito que se traslade a mi vida despierta. Si lo es, tendré, en esta miserable vida mía, sin sol, aunque bajo el sol, un sueño. Si lo es, no tendré que temer la ausencia definitiva, una noche cualquiera, porque, pese a que nada ha hecho para que yo pueda juzgarlo así, puede ser inconstante y pasarse, con sus pasos de sombra, a los sueños de alguno de mis vecinos. Vivo, sobre la tierra, es indiscutible, puede morir. Pero pensaré en su muerte como en la mía: pensaré que es algo que no viene, aunque se desee, si no se busca de frente.

Ya he conversado con Reducido. Le confesé, francamente, mis inquietudes, que quizás antes no se le escapaban, porque es muy perspicaz, muy avisado. Le pedí que se apeee de la noche y venga. Me pidió él que no le exigiera la respuesta hasta la noche de ayer. Su respuesta no responde directamente a mi pedido. Me contesta que sí, que le gusta ser mi perro y podemos pasar juntos más tiempo; pero, a su vez, me propone algo que también me obliga a diferir la respuesta, hasta pensarla bien.

Esta noche debo contestarle. No faltan muchas horas y he de resolver, siendo, como es, tan difícil decidir sobre lo que Reducido quiere. Porque lo que Reducido quiere es que yo me vaya con él, es decir, que yo me vaya con él a los sueños.

TRUEQUES CON MUERTE

Es como ella lo precisaba y como podría haberlo amado, antes. Antes de que perdiera confianza en la perduración de los sentimientos y en el valor de sus atractivos, que él hizo renacer, pero agotó.

Porque él, su esposo, todo lo agota. La sorbe.

Es como ella lo necesita, tan apasionado y violento, y tan bueno; tan repentino catador de los rasgos de espíritu, tan buscador de la pureza, y tan detonante. Le ha cobrado un amor completo, que ni se altera, ni merma, ni le concede reposo. Es, decididamente, agobiador.

Puede ser que esté bien que sea así. Por otra parte, ella mantiene intacto su encanto social y externo y no le da motivo alguno para que se reduzcan ni su cariño ni su devoción. Él desconoce que a ella ya no le importa su propia hermosura, y que no lo ama. Lo cual no significa que vaya a abrumarlo con alguna caída, ni siquiera en procura de una resurrección, porque, claro está, no sólo cree en la dignidad del hombre, y lo cuida, sino que es una mujer enteramente honesta.

* * *

Con la germinación de la criatura en sí misma se produce el principio de su ir a la muerte.

Se ha venido sintiendo circundada de vacío, y con nada adentro. Ahora en su materia está enfundada otra materia, que posee temperatura y palpita, que la llena y crece.

No obstante, conjetura que un día esa materia viviente se evapuará, y entonces en su interior, al igual que en el exterior, se establecerá la nada.

Reniega de esas abstracciones. Se complace en una maldad romántica y lisonjera: cuando muera, y él vea a la niña, se obstinará en

evocarla y ya no estará al alcance de sus brazos. En esas ensufiaciones vengadoras unas veces "él" es su esposo, el padre de la criatura, y otras veces "él" es Anfbal.

* * *

Éste es el primer día que se asoma al patio, tras aquello que sucedió, sin que a ella nada le ocurriese, ni siquiera por su propia mano, que con tal anhelo solía tomar la forma de la tentativa, o la del abandono definitivo.

Vaciada del niño, que ni le permitieron ver —para qué, se le dijo—, se ha vuelto frágil, y el sol que la recibe es templado y protector. En pura delicadeza se ha tornado ella, y cuanto la acompañaba, hasta la naturaleza, la trata con dedos muy suaves.

Sin embargo, se siente como contaminada de materia; ¿qué materia?, no lo sabe. En todo caso es —o era— algo pegajoso que ella, tal vez, amaba.

Se le arrima la gata blanca, con su panza englobada, los pezones rosados y reventones. A puntapiés la agrede (muda, mordiéndose los labios). Quizás quiere matarla, quizás quiere matarle los nonatos.

* * *

Después de la furia, días y días permanece yacente en el lecho, la mirada a nada dirigida, sino a lo alto.

Abriga el silencio, que los demás acatan, aunque la vigilan. Guarda dolores del cuerpo, a causa de los golpes con que la sofrenó el marido.

Pide ver la gata. Le dicen: "Ha muerto". "¿Y los gatitos?" "Se han salvado dos." Y ella entonces dice: "Todo eso es justo".

A menudo, en sus visiones —despierta, dormida— anda viviendo la gata blanca con su bolsa cargada de gatitos muertos. Pero no es la figuración que ella prefiere, más bien querría una imagen de la gata muerta.

HOMBRE-PERRO

Magissi me dijo: "La diferencia está en que usted cree que a veces los hombres se portan como perros y yo sé que todos los hombres son unos perros. Ésa es la diferencia entre usted y yo".

No podía darle la razón, sencillamente porque hubiera sido reconocer que él sabía más que yo. Entonces quise persuadirlo de que él se equivocaba aun respecto a mis ideas. Deshice mis anteriores argumentos y, sin llegar a usar la palabra "bueno" en un sentido general, ni para el hombre ni para el perro, opiné que uno y otro tienen sus momentos malos.

—O de maldad. ¿El momento de la perrada?

Él me preguntaba lo que sabía que yo estaba pensando. Quería que lo afirmara, que dijera simplemente "sí", pero un sí sin lugar a dudas. No pude dejar de intuir una celada, pero yo mismo me había llevado a ese punto y en consecuencia, muy a pesar de mí, tuve que decir:

—Sí.

Yo lo sabía. Me había hecho volver al punto de partida. Esa ansiedad porque dijera que sí... Si yo creía en el momento malo es que juzgaba que habitualmente son buenos. Y era todo lo contrario: habitualmente son malos y por momentos, sólo en contados momentos, buenos. Procuraba convencerme, ya sin esfuerzo, porque él podía darse cuenta fácilmente de que yo resistía por terquedad, por mantenerme en antiguas convicciones y también, desde luego, por orgullo. Aunque a él no le importaba el orgullo, ni el propio ni el mío.

Algo, algo que no se puede palpar, pero nos asiste, me soplabá al oído que la verdad estaba en mí. Sin embargo, era inútil discutir. Fastidiaba decir lo mismo, decirlo él y decirlo yo, con nuevos ejemplos o con otras palabras. En fin...

* * *

Cuando era muy joven, hasta los dieciocho años, tenía ilusiones. Tenía ilusiones porque vivían mis padres y yo no necesitaba trabajar. Ambicionaba ser director ad honorem de la Biblioteca Provincial. Cuando se volvió imperioso procurarme sustento, debí desistir de esta ambición, pero tuve suerte, de un modo relativo. La casa Raft, de la Capital, vende ficheros metálicos para bibliotecas. Al que le compra un fichero le envía, junto con el fichero, un empleado, que le organiza la biblioteca y le ficha los libros. Ese empleado era yo. Podía disponer hasta de dos semanas para organizar y fichar una biblioteca de quinientos libros. La casa Raft quiere que las cosas se hagan bien. La casa Raft quiere que el cliente quede satisfecho. Un cliente satisfecho es nuestro mejor propagandista, etc. Estaba equivocado: aun trabajando tenía ilusiones, quizás mayores.

Pero me dejaron cesante, ¡maldita sea! Me pusieron cierta cantidad de billetes en un sobre. No obstante, el sobre de las explicaciones lo dejaron vacío. El empleador tiene derecho de prescindir de su empleado, siempre que lo indemnice debidamente. La ley debe de decir algo por el estilo. Y como la ley me cortaba tan bruscamente, nunca más pude, pobre de mí, pasar por esa calle de la sucursal Raft. Me sentía el tachado por la ley, como si se tratara de la ley penal.

Otras casas venden ficheros metálicos, pero la única que entrega con un fichero un fichador es la casa Raft. Pensé de nuevo en la Biblioteca Provincial, ya no, por cierto, con aspiraciones de dirigirla. Pensé —y aún más, intenté— emplearme en una librería. En un diario, en un museo...

En febrero se iba vaciando del todo el único sobre lleno que me dio la casa Raft. Era el tiempo de comprar uva. Una bodega de tres cuerpós me encargó que pagara hasta cinco pesos sobre el precio oficial. Yo recorría, a pie, con toda esa tierra y ese maligno sol, viñas y viñas de diez, de cinco, de dos hectáreas. Otro corredor, de una bodega más grande, había pasado antes, en automóvil, pagando ocho pesos por encima del precio oficial.

Trabajaban ella y la madre. Quizás podrían haber dispuesto para un departamentito mejor, por lo menos exento de esa vecindad que lo asemejaba al de un conventillo. Pero Barbarita prefería guardar la diferencia con el propósito de comprarse un piano. Era una desdichada ilusión, porque por cada cien pesos ahorrados el precio de los pianos aumentaba doscientos. De todas maneras, doce años sin tocar, desde los catorce...

Cuando vino Conchita Piquer al Teatro Municipal, la Perea, departamento seis, aprendió aquello de

"A la lima y al limón,
Te vas a quedar soltera..."

Se lo cantaba sin compasión. También los niños lo aprendieron. Barbarita me lo contó; no para apurarme, estoy seguro. Me lo contó con una sonrisa triste, alguna vez que quiso hacerme entender que no sólo yo era digno de lástima.

El sábado, ¡oh, qué malintencionado estaba yo!, fui preparándola y en cierto momento, bajito, muy bajito, le canté:

"A la lima y al limón,
Te vas a quedar soltera..."

Y la dejé irse, en retirada, herida, con la boca semiabierta, pero sin palabras.

¡La perrada, santa furia! ¡Mi perrada!

* * *

Sin saber hasta cuándo podría pagar la pensión, sin Barbarita, ciertamente... Uno, claro, necesita que algo suceda, está en tensión, a la espera. Y sin embargo no se le escapa que muy probablemente lo que ha de suceder será malo.

Aquel hombrecito, de mi edad, pero mucho más endeble, era mi amigo. Conversábamos y conversábamos y me daba envidia porque él tenía tiempo para leer tanto. Nunca le pregunté de qué vivía, si

bien alguien me contó que del padre, y esta explicación de ninguna manera quería yo que fuese inexacta, porque me daba un motivo para despreciarlo. Supe además, aunque vagamente atendí la referencia, que el padre le exigía que buscara el medio de atender a sus necesidades. Por eso él siempre hablaba de publicar una revista, de la que nunca he visto un solo número.

Lo perdí de vista tantas semanas y ahora... ¡Ah, como me lo esperaba yo! Si algo sucedía, algo malo tendría que ser. ¡Él, sangre pútrida, él está allí, en mi puesto, nombrado el mismo día de mi despido!

* * *

Estuve aguardándolo pacientemente, pero cuando lo vi toda la furia me poseyó. Se me hincharon los bellos, me fui al suelo y mis cuatro patas me dispararon hacia él, que ya, advertido rápidamente, en sus cuatro patas también, con un leve aullido de miedo, mostraba, por instinto de defensa, los dientes. Me abalancé sobre su cabeza mordéndolo con implacable rabia, echando espuma por la boca, tratando de hincarle los dientes en el cuello, que él defendía desesperado con las patas delanteras.

Un barrendero, a instancias de una mujer que gritaba espantada, nos separó a escobazos.

* * *

Nada de esto, sin embargo, concede la razón a Magissi.

EN ROJO DE CULPA

Los hombres dicen: "No es mi culpa; no soy culpable". Y culpan a la esposa, al clima, a su hígado, a Dios, al nuevo horario.

Ellos, los ratones, dicen: "No es culpa nuestra. El culpable es Caín".

No soy Caín. Soy Abel. Ellos me llaman Caín por humillarme, por humillar su culpa, su culpa comprada.

Me pagan, sí; soy un pagado de los ratones. Cuando el papá sugiere al nene que ponga el dientequito debajo de la almohada para que los ratoncitos, en cambio, le dejen una moneda, los ratoncitos, en cambio, se le llevan al papá todos los billetes que escondía en el estante de los libros. Se especializan en padres lerdos difusores de candideces. Podrían hacerlo con cualesquiera otros, pero les divierte burlar la historia de la moneda. A mí también me divierte cuando me cuentan sus hazañas y cuando arrastran a mis pies los billetes, que son mi paga.

Soy una culpa paga: tengo un ruín y desconsolador oficio.

Es absurdo, pero ellos sostienen ese absurdo y por su falta de eficiencia vivo, pago los estudios de mis hijos y las pieles, ¡Cristo, hasta pieles!, de mi mujer. Mi familia lo ignora. Si mi esposa lo supiera no me diría, no, que dejara de hacerlo aunque tuviese que vender sus pieles y aunque hubiéramos de quedar sólo con las nuestras originales. No se lo digo por su aprensión a los ratones. Pensaría después que viste pieles de ratones y estaría constantemente histérica e insoportable.

Es un absurdo. Entienden que su vida es así por culpa de los hombres, más poderosos, más numerosos, mejor armados que ellos. Cuando los ofenden, cuando los dañan, fue el hombre; cuando infestan una ciudad, la culpa es de la ciudad. Se consideran inculpables y quieren tener en quien descargar la culpa que los hombres les adjudican, y me pagan a mí para que yo sea la culpa de ellos. Los culpa-

bles son, según su punto de vista, todos los hombres, y yo, que soy un solo hombre, les cuesto trabajo—un trabajo que los regocija, he de reconocerlo— para ser mantenido como culpable. Es absurdo. Cuando cometen una canallada y hasta se asustan de haberla cometido, por temor a las represalias humanas, no me exponen como culpable ante mis congéneres. No me presentan y dicen: "Somos inócentes. La culpa es de Caín. Descargad en él vuestra razonable furia". No. Tampoco les sirvo para alegato alguno ante un orden superior. Se conforman con saber que el culpable soy yo, aunque sepan que no lo soy. Es estúpidamente absurdo. O quizás no lo sea. Quizás se trate de una forma y un problema de la responsabilidad; pero... no está a mi alcance. Quizás, para comprenderlo, tendría que ilustrarme con algún ilustrado profesor. Tendré que hacerlo, si procuro ser, como muy probablemente ellos me prefieren, una culpa sosegada.

* * *

Las guerras necesitan al asesino de Francisco José para descargarse. Ocurrió todo en una sola casa y pudo parecer nimio, en relación con el orden general de persecución y muerte de ratones.

La casa era miserable como mi puesto. La habitaba, sin corregir la soledad de sus cinco cuartos ruinosos, un viudo avaro. La compartían, a su modo la disfrutaban, sin descuidar el sigilo, aunque fuese innecesario, los ratones, una caudalosa pandilla. Pero a la muerte del viudo penetró, con su familia y una sonrisa, una mujer pequeña, laboriosa, afable y optimista. Optimista a pesar de los ratones y de la relativa ineficacia de su lucha, planteada con espanto femenino, contra ellos.

Pero la infortunada era miope y cardíaca. Sirvió a los niños jalea de membrillo, untada en rebanadas de pan, y ella misma comió jalea cuidadosamente untada en el pan. Al tapar el frasco reparó en que había algo oscuro sumergido en el dulce, como un inesperado carozo. Escarbó con la cuchara de mango largo; lo sacó y... Claro está, el asco, su corazoncito tan poco dispuesto... Quedó mal, muy mal. Después, de nuevo, con su miopía, creyó que a su pequeña se le habría caído una de las rosas rojas preparadas para la maestra, la alzó y... Es que el gato nada más había hecho que matarlo y destrozarlo,

instintivamente, por oficio, puesto que hambre no tenía, harto de bien alimentado por la doméstica dueña.

La enconada desgracia. La enconada desgracia para el nuevo viudo, el viudo de la mujer que sonreía, la desdichada optimista. La enconada desgracia para él, para los ratones y para mí.

Allí hubo de ser, porque la desgracia estaba enconada allí. Allí hubo de brotar la peste bubónica y prender en los dos niños, allí.

No esperó, no, a los fumigadores de Salubridad. Instantáneo, con un arrebato como el de la muerte sobre sus hijos, el hombre de luto, armado de hacha, pico, un garrote, un cuchillo, escarbó, demolió, en busca de madrigueras, sacando a la luz los animalejos de su catástrofe, y estrellándolos en rojo implacable. Y la casa siniestra tuvo por una vez, efímero, un jardín de abundantes rosas rojas.

* * *

Esto también es estúpido. Pero, creo, es la última estupidez que cometen conmigo, la última estupidez en que me complican.

Se han vuelto contra su culpa. El ilustrado profesor diría que no es posible destruirla, que las culpas permanecen y nos sobreviven, que moralmente sólo podemos contra ellas un acto bueno y compensador referido a la misma cuestión, aunque no ha de extinguirlas de ninguna manera. Sólo hay un medio, diría él, de vestir las de humo tolerablemente camuflador y complaciente: el olvido voluntario, mecanismo apaciguador para tolerar la vida ajena y la propia.

Ellos no me olvidan, no. Se han cebado en mí para anularme, expeditivos como una revolución triunfante, pero sádicos como los que montan con despiciosa delectación el aparato de la horca de los vencidos a la vista de éstos.

Me previnieron que no debía intentar la fuga. Cubrieron el espacio que me circunda de ratones muertos por la bubónica. Comprendí. Menosprecié la advertencia y quise huir. Tres de los vivientes treparon por mis piernas y paralizaron mis movimientos con el miedo de sentirlos sobre mi cuerpo y de ignorar qué harían de mí. Nada hicieron, por unos minutos. Intenté dar otro paso. Se escurrieron por mi pecho y surgieron por el cuello de la camisa. Grité,

despavorido y en demanda de socorro. Uno de ellos se zambulló en mi boca. Me llenó de náuseas. Procuré escupirlo y se aferró a la lengua y finalmente se me introdujo por la garganta. Espantado, adivinando sin esfuerzo lo que harían los otros, apreté los dientes y me lancé a la carrera, pero sólo por unos metros. Los dos que estaban en mi cara, para obligarme a abrir la boca, me mordieron los labios, principiaron a comérmelos y yo grité y ellos se suicidaron. Y otros subieron por mis piernas, por mi pecho y por mi cuello, y me desgarraron labios, orejas, nariz, y fueron colmando mi boca y mi garganta y mi estómago. Comprendí. No hubo necesidad de que ninguno más fuera devorado por su culpa, por su culpa paga.

He vuelto. Aquí estoy, sin nariz, sin labios, con restos de orejas, vomitando, tirado en medio del círculo de ratones muertos. Ellos, muertos, se enfrían, y yo, con una maldita resistencia involuntaria, no muero ni me desvanesco. Abro los ojos, abro los ojos y veo más claro, con un horror que no puedo superar, que me seduce. Horror de mí mismo y de verlos y de ver lo que a mí viene. Verlos muertos, enfriándose, mientras mi sangre se coagula. Verlos muertos, y las pulgas transmisoras del mal que los abandonan al sentirlos fríos y que vienen, una a una, a mi carne caliente, derrotada e inculpable.

LAS PODEROSAS IMPROBABILIDADES

Esta historia mía pudo ser una historia de amor.

El comienzo, con la relativa indeterminación de las grandes acumulaciones, puede haberse producido cuando ella y yo éramos individuos de unos doce años y mis rodillas estaban habitualmente sucias y su larga cabellera posiblemente también, aunque no se notara y fuese muy adornada con cintas.

En el cementerio, donde un momento antes habían puesto el ataúd con el cuerpecito de nuestro compañero muerto y luego flores y flores, yo leí el discurso que me escribió mi padre y, aunque vacilé unos instantes, hasta comprender por qué no me aplaudían al terminar, me sentí resueltamente importante. Nora me miraba, mientras el maestro decía unos versos olímpicos, y si bien no puedo considerar que ella me mirase porque me considerara importante, su mirada caía en mí y no en otra cosa ni en otra persona porque yo, entre todos los colegiales, había sido el elegido para decir el discurso y porque, efectivamente, lo había dicho.

En la escuela, en el día siguiente y en muchos otros días que no sé cuántos fueron, quizás todos los de un mes, a veces en medio de un juego jugado con sus compañeras descubría mi presencia y me miraba, con reserva, sin ninguna otra expresión, pero como recordando que yo era el que leyó el discurso en el cementerio. Después ha de haber olvidado esto y como nada más que pueda considerarse notable hice yo, hasta la primavera no me miró de nuevo de una manera particular.

Entonces, en primavera, el 21 de septiembre, en el picnic, yo dije que sabía dónde estaba el manantial del agua fresca en verano y tibia en invierno, y Nora dijo que también sabía y fue la vez primera que ella dijo algo por mí. Pero también José declaró que lo sabía,

de modo que los tres —y no sólo yo, ni sólo ella y yo— condujimos a los demás arroyo abajo, adonde crecen los berros porque el agua del constante surgente les da vida y desde arriba los sauces cuidan que haya sombra y, creo yo, cuidan asimismo que haya sosiego.

* * *

Si la vecindad en aquel año en que observamos que yo soy hombre y ella mujer nos inhibió la palabra, la sostenida ausencia de contacto, después, hizo del reencuentro el hallazgo de amigos, y nada había de "usted", quizás por repentino coraje de ambos. Con José, desde luego, para mí esto era más natural.

Éramos amigos, ¡Cristo! Éramos amigos, allí ante todos, y yo era amigo de la muchacha más bonita de todas. Aunque bailó toda la noche apasionadamente y sólo en la mesa hablamos, hablando, aún, con interrupciones, sin coordinación. Ella, esa noche, era libre, absolutamente libre, porque no estaba en el corazón de uno, sino en el de todos.

Nos hicieron quedar, porque, claro está, la fiesta no había terminado con la partida de los novios, ni mucho menos la comida y las bebidas. En la mañana todos dormimos hasta que el sol se puso ardoroso, como fatigado de la cuesta que debe subir hasta llegar arriba. Comimos de pie unos bocados y los demás hombres salieron a pescar a la laguna y las mujeres se reunieron en la galería a tomar mate y yo no quería irme con ellos pero tampoco podía quedarme con ellas.

Dije que deseaba buscar fruta y dormir entre los álamos y me dijeron que la fruta estaría caliente y que me cuidase, al echarme al suelo, de las vioritas de la siesta. Tomé unos granos de uva, resguardados, para visitantes tardíos, por una celosa capa de hojas poderosamente verdes y anchas. Comí sin deseos aparentes, por si alguien me observaba. Permanecí, atento a cualquier presencia humana, la de algún contratista, que Nora no podía ser, siendo como era la única que yo deseaba se fijase en mí.

Una acequia, carifosamente sombreada por los sauces, confortablemente rellena de limpia arena, me invitaba, si no a la siesta,

que al cabo hice, a sentirme en paz sobre la misma tierra, a saberme en una soledad deliberadamente buscada y no ingrata ni dolorosa. Allá arriba —¿a cuántos metros?— algún bichito con alas hacía un cantito liviano, repetido y, tal vez, enamorado.

Algo me picó en el empeine del pie y —el pájaro tuvo la culpa— supuse que era una hormiga y me limité, sin alzar la cabeza, a frotarme con el otro pie.

Distraído por la no vista hormiga, descuidé un momento el pájaro y las ramas del sauce que se derramaban, pero finamente y sin caer sobre mí, y pensé en Nora, pero no mucho ni muy circunstanciadamente. Sólo que deseé que estuviera allí, conmigo, solos los dos, allí, bajo el sauce y con todo el silencio de la viña y del domingo, sin hablar, partes del silencio nosotros mismos, pero, ¡palabra!, sin dejarla que respirase un instante, besándola, besándola sin piedad.

Otra vez la picadura, maldito pinchazo instantáneo de alfiler, y alcé la cabeza y vi como una mosca que remontaba vuelo desde mi pie, pero nada de hormiga.

* * *

El sol se iba abajo, lentamente, a guardar, y yo retornaba, con un extraño fastidio, fastidio de pisar los desaparejos terrones, de sentir un leve ardor en las picaduras, con aprensión de que la arena húmeda pudiera provocarme un resfío o una ciática, como a un anciano.

Ella se aderezaba, en algún lugar de la casa adonde ese día sólo tenían acceso las mujeres, y la partida de pescadores no había regresado.

Fui entre los mesones de fruta seca hacia los chiqueros y los corrales. En el gallinero había una pavita nueva, de esas que todavía nadie se ocupa de engordar, que pudo asombrarme si no fuese que ella en nada se diferenciaba de otra que caminó ante mí algún día cuando yo era niño. Caminaba con una sola pata, faltándole en absoluto la segunda. No era un animal que naturalmente poseyese una sola pata, sino una pavita vulgar, de dos patas, a la que sólo le quedaba una. No por eso, al caminar, tenía que hacer desesperados esfuerzos, ni andar a saltos, ni siquiera con pérdida del equilibrio.

Era como si normalmente tuviese dos patas, pero una fuese invisible. Era estrictamente como la pavita de mi infancia y ni siquiera conseguía excitar mi imaginación. En todo caso, suscitaba en mí estas mortecinas preguntas: ¿siempre habrá alguna así...? ¿Siempre he de encontrarlas...? ¿Siempre...?

Cuando me llegaron las voces de los pescadores y acudí, a su llamado, a comprobar su grado de éxito, José se había hecho visible nuevamente. Lo comprobé, pero con indiferencia y hasta con fatiga. No es que él hubiese faltado en la noche anterior. No. José estuvo allí, con nosotros; pero ya, esa tarde y hasta el final, fue como si estuviera más.

* * *

No era una hormiga. Era un tábano. Por ahí, por la picadura, con la arena de la acequia o con la tierra de la viña, entró la infección, y de ese modo vinieron el dolor y la renguera, que han de pasarse, y esta postración y la penicilina.

Nora lo supo y si lo desairado de mi actitud en la visita nada pudo expresarle de mi agradecimiento, nada tiene que ver eso con mi cariño especial, que ha nacido junto al de siempre, siendo, quizás, parte de él mismo. Ha nacido de saber que se decidió a entrar en mi casa para estar conmigo; es más, que después del domingo averiguó, o, si es que lo supo accidentalmente, no prescindió de la información e hizo lo que yo no me habría atrevido a hacer siendo ella la enferma.

Vino, por mí, por este infortunado, por este torpe y callado enamorado. Porque, ¿qué he de hacer? Vino, sí; vino a verme, pero con José. Con José. ¿Podía ser de otra manera?

A pesar de José, posiblemente dispensada por la indiferencia y falta de sobresalto con que él asiste a mi existencia, tuve entonces el beso —uno para siempre— con el cual Nora me religó a la convicción de que la tengo en mí pero nunca la tendré conmigo. Porque sus labios no fueron al encuentro de mis labios, sino de mi frente, y únicamente allí se posaron.

Su cabeza se inclinó al beso sobre mi cabeza en la almohada. Ella estaba de pie y vestía una blusa blanca. Al agacharse se abrió

la blusa y pude ver, porque yo había bajado levemente la mirada, a causa de sentir que el beso era de amiga.

Pude ver, por la blusa entreabierta, que sólo tenía un seno, y con la pena por Nora acudió la memoria de la pavita de una sola pata.

Enseguida, Nora, inadvertida de la revelación, se irguió con su sonrisa buena y diáfana, y se restablecieron el relieve y la armonía exterior de su busto.

* * *

Cedieron los fuegos del verano. El otoño fue un manso atardecer que transcurría lentamente. Luego ha vuelto la estación que inmoviliza el aire y aterriza las cosas.

No siempre estuvo, con Nora, José. Sin embargo fue —y es— como si estuviera.

En general, de ellos lo ignoro todo, si bien creo saber que no son novios, que no se aman ni los une la alegría. Cuando se reúnen —creo—, el silencio los separa.

A mi vez, para pensar en Nora tengo que desunirla de José.

Pienso en Nora y el equilibrio de sus pasos en la vida; pienso en la pavita coja.

En la normalidad —presuntamente irreal— de Nora hay un sostén invisible. Soy yo.

Me tomo de la afligente improbabilidad.

Por ver a Nora, de cierto modo para esperarla, me aplano sobre el muro que da frente a su casa. El muro traslada humedad a mi espalda. La humedad avanza hacia la base del cráneo y poco a poco me voy helando. Los ojos quedarán detenidos en una mirada hacia Nora, ausente.

VOLAMOS

Como puesta ante un apacible e inofensivo misterio, que puede serlo, con ganas de hablar, que a mí me faltan, me cuenta de su gato.

Es, sí. Claro que es; pero... Ante todo, como es huérfano, recogido por compasión, se ignora su ascendencia. Es gato y le agrada el agua. De las acequias no prefiere los albañales, sino la corriente barrosa. Se lanza acezante, pisa fuerte y salpica; hunde las fauces y hace que toma, pero no toma, porque es de puro goloso que lo hace. Puede pensarse que no es un gato, que es un perro. También por su actitud indiferente en presencia de los demás gatos. Pero es que asimismo se limita a observar desde lejos a los perros y ni siquiera se enardece frente a una pelea callejera. Como al emitir la voz desafina espantosamente y además es ronco, no puede saberse si maúlla o ladra.

Hago como que me asombro. Pero no abro la boca, porque de preguntar o comentar me preguntaría por qué pienso así y tendría que explicar y complicarme en un diálogo. Empero ya no me habla: se habla. Revisa lo que sabe y quiere saber más.

Es gato y le gusta el agua. Eso no autoriza a concluir que sea un perro. Ni siquiera está la cuestión en que sea perro o gato, porque ni uno ni otro vuelan, y este animalito vuela, desde hace unos días se ha puesto a volar.

Yo espero que me pregunte si creo que se trata de una brujería. Pero no; al parecer, no cree en eso. Yo tampoco; aunque lo pensé. Mejor dicho, pensé que ella lo pensaba. Pero no.

—¿No te maravillas?

—Sí; seguramente. Me maravillo. Cómo no. Me maravillo.

Podría maravillarme, cómo no. Pero no. Puedo maravillarme porque el gato-perro vuela. Pero es que no sólo hablo. Estoy pensando.

Pienso que ella supone que he de maravillarme porque lo que creyó era gato puede ser perro o lo que puede ser gato o perro puede ser un ave o cualquier otro animal que vuele. Debiera maravillarme porque, lo que se cree que es, no es. No puedo. ¿Acaso me maravillo de que tú no seas lo que tu esposo cree que eres? ¿Acaso me maravillo de no ser lo que mi esposa cree que soy? Tu animalejo es un clínico, nada más. Un clínico ejercitado.

SOSPECHAS DE PERFECCIÓN

Creo yo que nada se me opuso porque, al entrar y en todos los sucesivos registros, hice poner que era maestro de vocación. Se pensó que mentía, porque allí nadie cree en la vocación, y como la mentira es una de sus formas de expresión normales, se me aceptó como uno de ellos.

Como soy un vendedor nato, ideal, tanto que, para poder vender, donde no existe necesidad de lo que vendo creo la necesidad, de ningún modo me desalentó la falta de librerías, clientes naturales de los libros que yo suponía en viaje tras de mí, ni tampoco la comprobación subsiguiente de que nadie sabía leer. Hice lo que hubiera hecho de vender cocinas de gas: enseñar el uso de la cocina de gas. Me consagré a la enseñanza de la lectura. Sólo enseñaba a leer, no a escribir, puesto que no vendía papel en blanco ni estilográficas. Quizás era una manera escandalosamente mercantil de comportarme, pero yo juzgaba que no podía malograr el costoso viaje y ese cálculo, tal vez por determinar mis acciones con fatal exclusividad, no me permitió apreciar debidamente el riesgo, del que me había noticiado el hotelero, enterado, cauteloso y útil, como suele serlo su gremio. Me exponía yo, era peligroso lo que hacía, según él y según, asimismo, el misterio que mis alumnos ponían en torno de su concurrencia a mis clases. Pero precisamente esa aceptación, de parte de ellos, de la responsabilidad de tomar mis lecciones, contribuía a confundirse sobre la realidad del estado de cosas. Descuidaba yo la noción de que aun en las sociedades más liquidadas hay quienes desean algo mejor y quienes se animan a intentarlo.

* * *